



William Engdahl

En última instancia, el moderno sistema bancario de encaje fraccionario es un juego basado en la confianza. Mientras los prestamistas o depositantes estén convencidos de que su banco es solvente, se mantiene. Si la confianza se rompe, conduce históricamente al pánico bancario, a retiradas masivas y precipitadas y al fracaso de la cadena de un sistema financiero, o incluso a algo peor. La inesperada quiebra, a finales de mayo, de un pequeño banco chino-mongol, Baoshang, llamó repentinamente la atención sobre la fragilidad del sistema bancario más grande y opaco del mundo. Es un mal momento porque China se enfrenta a una fuerte desaceleración económica interna, el aumento de la inflación en los precios de los alimentos y las incertidumbres relacionadas con la guerra comercial son Estados Unidos.

A finales de mayo, por primera vez en tres décadas, el Banco Popular de China (PBOC) y los reguladores bancarios públicos tomaron el control de un banco insolvente. Lo hicieron públicamente y con el objetivo aparente de enviar un mensaje a otros bancos para que controlen los riesgos asociados a los préstamos. Al hacerlo, pueden haber desencadenado el fallo de una de las cadenas de uno de los sistemas bancarios más grandes, opacos y menos regulados del mundo: los bancos regionales y locales de China, que están mal regulados, a veces llamados bancos paralelos. Se estima que los activos totales de los bancos pequeños y medianos de China son aproximadamente iguales a los de los cuatro gigantescos bancos públicos, que están regulados, por lo que una crisis que se extienda a partir de allí podría tener graves consecuencias. Esta es la razón obvia por la que Pekín intervino tan rápidamente para contener la bancarrota del Baoshang.

El Banco Baoshang tenía toda la apariencia de una buena salud. Su último informe financiero publicado en 2017 indicaba un beneficio de 600 millones de dólares para 2016, unos activos de casi 90.000 millones de dólares y menos del 2 por ciento de préstamos incobrables. La crisis de insolvencia ha creado un riesgo creciente en los mercados de préstamos interbancarios de China, similar a las primeras etapas de la crisis de las hipotecas subprime interbancarias en Estados Unidos en 2007. Esto ha obligado al PBOC a inyectar miles de millones de yuanes,

hasta ahora equivalentes a 125.000 millones de dólares, y a emitir una garantía de todos los depósitos bancarios para limitar las premisas de una crisis sistémica más amplia. Pero hay indicios de que la crisis está lejos de haber terminado.

El problema es que China ha emprendido uno de los esfuerzos de construcción y modernización más impresionantes de la historia de la humanidad en unos 30 y pocos años: ciudades enteras, decenas de miles de kilómetros de vías férreas para trenes de alta velocidad, puertos de contenedores automatizados, como ningún otro país en la historia, y todo ello con deudas. Por lo tanto, el servicio de esta deuda depende de una economía cuyos beneficios seguirían creciendo. Pero si comienza una sola contracción, las consecuencias son incalculables.

Ahora que la economía se está desacelerando (y algunos incluso hablan de una recesión), las inversiones de riesgo en todo el país se enfrentan de repente a la insolvencia. Los prestamistas de todo tipo reevalúan los riesgos de los nuevos préstamos. El sector de la automoción ha experimentado un fuerte descenso en los últimos meses, al igual que otras industrias. Peor aún, un grave brote de peste africana está diezmando la enorme población porcina de China, lo que resulta en una inflación de los alimentos de casi el 8 por ciento. En este contexto, el PBOC, valientemente, está haciendo todo lo posible para evitar la puesta en marcha de la prensa de billetes, lo que crearía más inflación y debilitaría al renminbi [yuan], por temor a encender una nueva burbuja financiera.

Otro talón de Aquiles es la dependencia de China de los mercados financieros mundiales debido a la deuda de miles de millones de dólares en un momento en que los ingresos por exportaciones en dólares están disminuyendo, incluso antes de la aplicación de los agresivos aranceles comerciales estadounidenses. Si China estuviera aislada de la economía mundial como lo estaba en la década de 1970, el Estado podría simplemente resolver los problemas internamente, borrar los préstamos insolventes y reorganizar los bancos.

Básicamente, el modelo de crédito chino es diferente del occidental. La moneda, el renminbi, todavía no es libremente convertible. El control de divisas no está en manos de bancos centrales privados independientes como la Reserva Federal de los Estados Unidos o el BCE en la UE. Más bien, está en manos del Banco Popular de China, que es totalmente propiedad del Estado y es responsable ante el Buró Político del Partido Comunista. Sus mayores conglomerados industriales no son empresas privadas, sino empresas públicas, incluidos los cuatro bancos más grandes del mundo, la empresa constructora de ferrocarriles más grande del mundo y las gigantescas empresas petroleras. En primer lugar, esto le da a China una enorme ventaja: cuando el Estado ordena, los logros siguen. Los ferrocarriles y las carreteras

se construyen sin obstáculos. Por el contrario, en un modelo de planificación o control centralizado, cuando la orden es defectuosa, los errores pueden ampliarse.

En la actualidad, y durante los dos últimos años, Pekín ha estado claramente preocupado por la forma en que puede corregir la explosión incontrolada de “préstamos fuera de balance” o préstamos de bancos paralelos en toda la economía. Desde la crisis de Lehman Brothers en 2008, China ha financiado un asombroso número de proyectos de construcción para modernizar lo que era uno de los países más pobres del mundo hace apenas 40 años, con el fin de evitar la contracción económica y la explosión del desempleo y el malestar social. Desde 2013 ha añadido la ambiciosa iniciativa de la Ruta de la Seda a su lista de gastos, en parte para seguir el ritmo del crecimiento industrial de China en acero e infraestructura a medida que la economía nacional se acerca a la saturación.

Con la crisis mundial de Lehman en 2008, Pekín infló esa deuda como ningún otro país en la historia. Desde 2009 la oferta monetaria de China ha aumentado casi un 400 por ciento, o 20 billones de dólares (133 billones de yuanes), mientras que el PIB anual de China ha aumentado sólo 8,4 billones de dólares. Básicamente, esto no es sostenible a largo plazo. Por lo tanto, se puede sospechar que hoy, dentro de esta enorme expansión monetaria, hay más de un Banco Baoshang insolvente. Sin embargo, en este momento, cuando la regulación financiera está todavía en su infancia, nadie, ni siquiera Pekín, conoce los riesgos reales de contagio de la insolvencia.

El problema con los préstamos implicados en estas cifras es que los créditos emitidos por los llamados bancos paralelos (bancos pequeños y medianos que están mal regulados y no pertenecen al enorme sistema bancario público) están mal controlados y ahora se enfrentan a impagos y quiebras debido a sus préstamos de alto riesgo. La quiebra del Banco Baoshang de repente llamó la atención sobre estos riesgos.

Los grandes bancos se muestran reacios a seguir concediendo préstamos a los bancos más pequeños a través del mercado interbancario, lo que aumenta los tipos de interés de los préstamos. Es poco probable que las garantías dadas por el PBOC de que el caso Baoshang está “aislado” tranquilicen a los prestamistas. Bloomberg estima que, durante los primeros cuatro meses de 2019 las empresas chinas incumplieron con 5.800 millones de dólares en bonos domésticos, más de tres veces la tasa de hace un año. Las autoridades de Pekín, incluido el PBOC, llevan meses dejando claro que quieren reducir los préstamos de riesgo de los bancos paralelos locales y otras instituciones para garantizar que se está abordando la situación.

Tras la inesperada quiebra de Baoshang, el mercado interbancario chino de préstamos se encuentra repentinamente en crisis. Todavía no está claro si las autoridades de Pekín tomarán medidas suficientes para calmar la crisis o si se está produciendo un discreto agotamiento de los préstamos de los grandes bancos a los pequeños bancos regionales a través de préstamos interbancarios. En este caso causará infelicidad, bancarrota y desempleo. Una señal de que todo no va bien es que, según las noticias financieras de Caixin, el 24 de junio el PBOC anunció que permitirá a determinadas empresas de intermediarios pedir prestado hasta tres veces más papel comercial a corto plazo de 90 días para mantener la liquidez circulante mientras tratan de resolver el problema. Se trata claramente de una maniobra que ahorra tiempo.

Otra señal de que Pekín está preocupado es que a principios de junio, las autoridades dieron luz verde a los municipios para aumentar aún más sus ya enormes préstamos para infraestructuras. Los representantes de los gobiernos locales podrán utilizar los ingresos de la venta de bonos como capital en nuevos proyectos de infraestructura que incluyen aún más ferrocarriles y carreteras.

El Ministro de Finanzas de China, Liu Kun, acaba de publicar un informe sobre la situación fiscal regional, local y nacional de enero a mayo. Las cifras no son alentadoras para la política de Pekín de controlar la inflación y las burbujas de activos. Los ingresos totales del gobierno aumentaron sólo un 3,8 por ciento durante el año. Los ingresos fiscales aumentaron sólo un 2,2 por ciento debido a una importante reducción de impuestos. Al mismo tiempo, el gasto público aumentó un 12,5 por ciento anual. En respuesta, Liu Kun anunció que el gobierno exigiría una austeridad de "más del 10 por ciento" para reducir la brecha.

China está gobernada por gente muy inteligente y trabajadora. Ese no es el punto. Sin embargo, volver a poner el genio del dinero fácil en su botella sin grandes desventuras requerirá una habilidad extraordinaria y un poco de suerte.

A principios de 2019 la deuda externa de China se situaba oficialmente en algo menos de 2 billones de dólares, dos tercios de los cuales son a corto plazo. Pero extraoficialmente, los informes indican que las grandes empresas públicas han contratado mucho más que los préstamos extranjeros a bajo interés denominados en dólares y euros. Nadie sabe exactamente cuántos.

Esta situación es una oportunidad para que Pekín demuestre que sus crisis bancarias, como la de Baoshang, están bajo un firme control, y que los chinos son rigurosos en la apertura de sus mercados financieros a las empresas extranjeras como parte de su apertura. China necesita la cooperación de los bancos occidentales para mantener la economía en su impresionante nivel.

Hasta ahora China era aparentemente el gran ganador del modelo de mundialización posterior a 1990. La forma en que Pekín gestione sus problemas bancarios en los próximos meses determinará si su increíble rendimiento continuará. Por lo tanto, el reto es real.